

to, mas celeste, mas perfecto, en una palabra, mas ideal? ¿Porqué, en fin, en el fondo mas íntimo, mas luminoso y mas puro de vuestro génio mismo, existen esas aspiraciones hácia el *mas allá*, esos arranques hácia las bellezas del cielo, esa melancolía en presencia de las fealdades de la tierra, y esa insaciable pasion de admirar y hacer admirar todo lo que refleja á Dios y nos aproxima al infinito? ¿Para qué sirven, sino es para llenar la mision que encomienda Dios aquí abajo á todo lo que es superior, es decir, para elevar hasta vosotros la humanidad que os admira, y arrebatarla con vosotros hácia Dios, hácia el cielo y hácia el destino? . . . ¡Ah! La humanidad, entiendo la humanidad que ha conservado el respeto hácia sí misma, posée, sin que poder alguno sea capaz de desarraigarlo, el instinto del ministerio que Dios os encarga en presencia de ella, y para ella. Desde el fondo de sus tinieblas y su abatimiento, os suplica que la hagais levantarse de sus caídas, y la eleveis hasta el esplendor de la luz, y la conduzcáis á la patria de las cosas sublimes. Y yo, intérprete aquí de las súplicas y de los gemidos de esta insigne decaída, de esta triste desterrada, yo os grito en su nombre: ¡Mostradnos algo del esplendor de nuestra verdadera patria; inundadnos con su claridad; embriagadnos de entusiasmo por todo lo que es grande y por todo lo que es bello, bello sobre todo por la celeste belleza; ponednos sobre vuestras alas de fuego, arrebatadnos, hechizadnos, y haced que se vuelva en pro de la perfeccion y del engrandecimiento de nuestra raza, ese poder incomparable del arte, que se tornaría para ella en terribilísima potencia de abatimiento, si dejara un día de ser, lo que tiene vocacion de ser, una potencia de elevacion! Hé aquí el tercer punto, que acabará de poner en claro la vocacion del artista.

Hé aquí, en efecto, Señores la gran cualidad que atestigua en el arte la vocacion de elevar: *el poder*; poder verdaderamente dominador y verdaderamente régio; dignidad real tanto mas eficaz y tanto mas segura en sí misma, en cuanto se hace obedecer sin necesidad siquiera de dar ningun orden. La obligacion de trabajar en elevar la humanidad está en razon directa del poder que se ha recibido; y aquí las responsabilidades son proporcionales á los poderes. De igual manera, lo que hace á los artistas responsables ante la humanidad de una gran parte de sus decadencias, es el poder inherente al arte mismo. ¿Cómo mostraros en toda su plenitud el poder del arte? Hemos dicho que el arte es la creacion humana hecha á imitacion de la creacion divina: ahora bien, la creacion es la señal del poder, y segun la expresion de un autor contemporáneo, es su punto culminante. Yo creo en el poder de Dios, porque creo que ha creado el cielo y la tierra: *Credo in Deum patrem omnipotentem creatorem cali et terra*; creo en el poder del génio artístico, porque ha creado la obra maestra que arrebató mi admiracion; y así como el poder del artista resplandece en su obra, el poder de su obra resplandece en la humanidad, y funda en ella su imperio.

Este poder de las obras del arte tiene una cosa singular y particularmente gloriosa para el artista, y es que es esencialmente propio, rigurosamente personal, absolutamente independiente y autónomo, en el mejor sentido de esta palabra. Las casualidades, el azar, nada tienen que hacer con él; y digan lo que dijeren ciertas teorías, las *circunstancias*, los *tiempos*, el *medio*, no *crean* las obras maestras. Si soy artista, he recibido del Creador el don de crear con él, con

sujecion tan solo á Dios, de quien todo depende así en las artes como en los imperios; mi poder es mio y mi creacion me pertenece. Mi obra es el fruto de mi personalidad que se ha vuelto fecunda; es el crecimiento y la fructificacion ingénuu de mi yo creador, es la expansion fecunda de todas mis facultades reunidas para crear. En esta creacion artística que es mi propio parto, no pongo solamente, como el padre al engendrar á su hijo, una prolongacion de mi sangre; pongo en ella todo lo que mi ser contiene mas puro, mas elevado, mas generoso, y si me atrevo á decirlo, todo lo que es mas verdaderamente yo, mi pensamiento, mi imaginacion, mi voluntad, mi libertad, mi trabajo, mi sufrimiento, mi sudor, mis lágrimas quizá, y en el trabajo y el sudor, tambien un poco de esa carne y de esa sangre necesarias al ejercicio regular de mis facultades, es decir yo mismo todo entero.

De aquí, Señores, se origina en el hombre artista la inmensidad de sus responsabilidades en vista de la mision que la Providencia le confía. Es evidentísimo, en efecto, que el hombre, en lo que hace es tanto mas digno de ser llamado á juicio en el tribunal de Dios y en el tribunal de los hombres, cuanto mas personal es su poder en su naturaleza, y al mismo tiempo mas voluntario y mas libre en su ejercicio. Ahora bien, como acabais de verlo, nada hay mas inherente á la personalidad, que la creacion de la obra de arte, y al mismo tiempo, nada mas libre y menos fatal que el ejercicio de las facultades artísticas. Así pues, aun sin ir mas léjos, podemos medir ya la responsabilidad que impone al artista el poder de su arte, y al par que la responsabilidad que le impone, la vocacion que le forma. Pero lo que manifiesta mas que todo esta responsabilidad y esta vocacion del artista, es que su poder, tan esencialmente libre y personal, es á la vez el mas enérgico, el mas exten-

so y el mas popular; el mas enérgico por la fuerza que lo constituye, el mas extenso por la esfera en que se despliega, el mas popular por la simpatía que lo hace aceptar.

Es el poder mas enérgico por la fuerza misma que lo constituye. En efecto, Señores, ¿quién dirá de qué es capaz este poder tan autónomo, tan personal, tan verdaderamente humano, para la felicidad ó la desgracia, para el progreso ó la decadencia del pueblo que está sujeto á su dominacion? Es semejante al poder mismo de la palabra; porque el arte es una palabra, y como la palabra, ya sea que se manifieste para el reino del bien ó ya para el reino del mal, es verdaderamente dominador, y la humanidad en su conjunto no lo resiste. Quiera ó no quiera el artista, si ha estampado en su obra el selló régio del génio, esta obra reinará; mancillará ó purificará, pervertirá ó santificará, abajará ó elevará, segun su génio haya seguido ó violado su ley, llenado su destino ó traicionado su vocacion. ¿Quién de vosotros, Señores, no podría ser aquí testigo viviente de este admirable, pero tremendo poder que el génio del arte ejerce sobre el alma humana? ¿Quién no lo ha sentido pasar sobre sí y dentro de sí, atravesando las esferas diversas en que el arte impera con sus obras maestras? ¿Quién no ha resentido en lo mas íntimo de su sér, en el sentimiento del bien ó en el sentimiento del mal, el golpe misterioso, pero profundo, de una armonía que resonaba, de una estatua que se alzaba, de un cuadro que se desplegaba, de un edificio que se elevaba, de un drama que se representaba, de un poema que cantaba, de una elocuencia que hablaba? ¿Quién no se ha estremecido bajo este golpe victorioso? ¿Quién no ha caído, quizá, proclamando la potencia que triunfaba sobre él? ¡Ah! La humanidad procuraría en vano protestar contra esta dignidad real del arte? inútil protesta, que ni impe-

diría á su trono establecerse, ni á su cetro extenderse, ni á su potencia reinar. Asimismo, la humanidad se sujeta á ella sin soñar siquiera en libertarse; léjos de protestar, aplaude; léjos de sacudir el yugo, lo busca; léjos de juzgarse humillada, se tiene por feliz y se enorgullece. Así tambien el artista que ha obligado á la palabra, al pincel, al color, al sonido, á hacer lo que quiere, entra como en triunfo en la ciudad de las almas conmovidas á su paso; entra con una fuerza que no es la violencia, sino la verdadera dominacion, y las almas inclinándose en su presencia, gritan en derredor de su carro triunfal: Tú eres nuestro rey, y nosotros somos tus súbditos.

Si me preguntais en qué estriba este imperio prodigioso que el arte ejerce sobre nosotros, no es muy difícil adivinarlo: es que el poder del arte que resplandece en una obra maestra, es una grande alma que se muestra; es una gran fuerza que se manifiesta, y que manifestándose por fuera tal como es por dentro, da sus sacudimientos á las otras almas y les comunica por el encanto de la belleza verdadera, ó por la fascinacion de la belleza falsa, la pasion del bien ó el contagio del mal. Sí, Señores: una alma en su plena vitalidad y en su total energía, una alma grande, fecunda, enérgica, una alma de gigante manifestándose en presencia de las turbas, en una obra maestra, y diciéndoles con la voz de su produccion: Mirad, héme aquí; héme aquí con mis virtudes ó con mis vicios, con mi perfeccion ó con mi corrupcion, con mi santidad ó con mi perversidad; en una palabra, la personalidad, pero una personalidad excepcionalmente poderosa y comunicativa, conteniendo en sí misma todos los elementos de una dignidad real latente, y descubriéndose de súbito exteriormente, y mostrando en una obra esencialmente autónoma, original y de expresion asombrosa, la señal auténtica del génio creador: hé aquí todo el misterio de la mages-

tad artística. Es que esta obra del artista, este cuadro, esta estatua, esta armonía, es la manifestacion brillante, simpática y seductora de la persona humana: es la expansion interior de sus energías interiores; es una alma luminosa, ardiente y robusta, es decir, llena de luz, de amor y de fuerza, resplandeciendo bajo la mágia de sus formas sensibles, y dando á las demás almas una impulsión mas ó menos decisiva, pero siempre real y siempre eficaz. La expresion de esta alma, manifestándose en toda su fuerza, es en el órden moral semejante á la agitacion de una onda conmovida, que se va comunicando sin interrupcion; mejor dicho, es como una electricidad que hace correr por toda la cadena el estremecimiento dado al primer eslabon.

Hé aquí lo que engrandece asombrosamente el imperio que este poder se crea él solo produciéndose en la humanidad; al propio tiempo que es, en sí mismo, el mas enérgico por la fuerza que lo constituye; es el mas extenso por la esfera en que se despliega; esfera á veces inmensa, formada en torno de su dignidad real por la triple dimension de la duracion, del espacio y de la humanidad. Tal es, en efecto, el carácter de las grandes dominaciones, de aquellas sobre todo que aspiran á un imperio mas ó menos universal: formarse súbditos en todos los puntos de la duracion, en todos los puntos del espacio, y en todos los grados del género humano: no tener por frontera de sus dominios ni una fecha en el tiempo, ni una barrera en el espacio, ni una clase de hombres en la sociedad: y hé aquí la dominacion que se forma en el mundo la potencia del génio con la creacion de sus obras maestras.

Ante todas cosas, se forma un imperio que dura por sí solo mas que el imperio de las dinastías mas largas y mas seculares. Este poder que resplandece hoy como explosion espontánea de una gran vitali-

dad en flor, no se desvanecerá como tantas otras, á la llegada del mañana, sobre las alas del tiempo que huye como el imperio que se forma. Esta potencia permanece: continúa viviendo y reinando: se diría que ha comunicado á su obra creada algo de lo increado; y su aparicion en el tiempo parece tener algo de la eternidad. Su obra se forma un imperio largo como los siglos; y estos siglos que pasan, léjos de aniquilarla, multiplican su accion; y en lugar de arrebatarse en su oleada el pedestal sobre que descansa en el universo, lo elevan y le traen juntamente con el sufragio de las generaciones que pasan saludándola, ante su magestad inmortal, un acrecimiento de fuerza y eficacia. Lo largo de su reinado en la duracion, no lo iguala sino la extension de su dominio, y la universalidad de su accion en la humanidad. El filósofo y el sábio obran directamente sobre una fraccion, y de ordinario sobre una parte mínima del género humano; el artista obra sobre la humanidad misma. El language filosófico y científico habla á un corto número; el language artístico habla á todos y es entendido por todos. Algunos comprenden y explican el prodigioso imperio que el arte ejerce en la sociedad humana; pero todos lo sienten aun sin comprenderlo, todos sufren su influencia aun sin explicársela.

Hé aquí lo que da al artista una responsabilidad verdaderamente incomensurable. Produciendo fuera de sí mismo lo que hay en él mas personal, mas libre y mas elevado, lo produce para todos y lo manifiesta rigurosamente á todos, sin distincion alguna. Porque es propio del language del arte el ser una palabra esencialmente universal, independiente de toda conyencion; es inteligible á todos, y su fin es decir á todos cosas que elevan las almas, todas las almas, y hacerlas oír en la esfera mas vasta. Bien podemos proclamarlo; jamás ha aparecido la esfera en que se

manifiesta el poder artístico tan vasta como hoy: y vuestras exposiciones, mas y mas universales, tienden á formarle cada día un imperio tan grande como el mundo.

Lo que acaba de completar en la humanidad este imperio del artista, es que el poder del génio artístico encuentra, para afianzar su dominacion, un auxiliar y un cómplice en el fondo del alma humana, que conspira con el génio para someterla á su dulce, pero omnipotente yugo. Hay en el alma humana, por vulgar que sea, el instinto natural y la inextinguible necesidad de la imitacion; instinto muchas veces ciego en el seno de las turbas, de que el génio se sirve á su antojo, como de una poderosa palanca, para elevarlas ó abajarlas, para impulsarlas al progreso ó precipitarlas á la decadencia. Hemos dicho que el artista contempla el ideal; ama este ideal que contempla, y tiene necesidad de imitar este ideal que contempla y que ama; quiere dar á esta forma ideal vista y amada en sí mismo, la forma plástica de la belleza. Ahora bien, notadlo, esta necesidad del hombre artista es tambien, hasta cierto punto, la necesidad del hombre-pueblo. Si fuera de otro modo, la multitud humana, como el animal irracional, pasaría sin conmoverse, así delante de las mas bellas obras maestras, como delante de las grandes maravillas de la naturaleza. El hombre-pueblo tiene necesidad de admirar, mas de lo que se piensa; se complace en la vision de cosas grandes, bellas, sublimes; y él tambien tiende á amar lo que contempla, y á imitar y á expresar lo que ama, no como el artista en las obras de arte, sino, lo que tiene muy diversas consecuencias, en las acciones y la realidad de la vida. Este instinto popular, abandonado á sus ímpetus libres, tiende por sí mismo hácia lo que está arriba. Como tambien acaece con el artis-